Problemas sin solución

José Ignacio Torreblanca

En política exterior, a veces resulta preferible el conflicto a sus posibles remedios.

La mayoría de los problemas lo son porque no tienen solución. Dicho de otra manera, si tuvieran remedio, no serían problemas. Precisamente por este motivo, el intento de resolverlos ocupa tanto tiempo de nuestras vidas. En demasiadas ocasiones, sin embargo, las personas, llevadas por la vanidad, tienden a pensar que no se pueden arreglar porque nadie tan listo como uno mismo lo ha intentado con anterioridad. El verdadero obstáculo es que este defecto humano, tan recurrente, de pensar que los problemas son acertijos esperando a ser resueltos sí que origina numerosísimas dificultades.

Aunque en muchas ocasiones el enfoque erróneo sea parte de los problemas, éstos no suelen ser visiones borrosas que puedan arreglarse cambiándose de gafas o concentrándonos mucho en ellos. Más bien al contrario, por desgracia, la naturaleza de la mayoría está excesivamente clara: el terrorismo existe porque hay gente que considera legítimo utilizar la violencia con fines políticos; el tráfico de mujeres tiene lugar porque hay hombres que consideran aceptable pagar una cantidad por un servicio sexual; el contencioso de Gibraltar no se resolverá mientras Londres se niegue a imponer a los *llanitos* el acuerdo al que España y el Reino Unido puedan llegar, y el conflicto árabe-israelí seguirá tal cual mientras Israel esté convencido de que un Estado palestino independiente será más perjudicial para sus intereses que la situación actual.

Como indica la propia definición del término, los problemas son "proposiciones o dificultades de solución dudosa". Muchos de ellos no son de fácil arreglo. Otros ni siquiera tienen un desenlace complejo. Con demasiada frecuencia, las pretendidas soluciones no son tales porque, o bien preceden a los problemas o se basan en falsas analogías con otros distintos. Y, finalmente, es probable que en algunos casos prefiramos vivir con ellos que con algunos de sus remedios. Una sociedad democrática puede decidir soportar el terrorismo antes que pagar el precio de entregar

sus ideales a una minoría violenta. Por la misma razón, también elegirá que los inmigrantes entren en el país saltando sus vallas fronterizas en vez de acabar con el asunto instalando sistemas de disparo automático en las fronteras.

Lo normal es que cuanto más importante sea el problema, más probable es que no tenga solución. ¿Qué hacemos entonces con ellos? ¿Cruzarnos de brazos y mirar hacia otro lado? Naturalmente, no. Pero, sin duda, comenzar la aproximación a un asunto estudiando por qué es un problema, por qué llegar a su fin es difícil o imposible, y continuar con un análisis sobre qué medidas agravarían el asunto o lo harían preferible a un posible arreglo es un buen comienzo. Por tanto, más que resolverlos, lo que se debe hacer es encauzarlos para que no se desborden, acotarlos para que no se agraven, dinamizarlos para que no se anquilosen. ¿Cómo? Marcando y estrechando los límites de lo que es aceptable e inaceptable, institucionalizando el diálogo en torno a su solución, combatiendo las consecuencias más perniciosas de la existencia de dichos obstáculos en el día a día, decidiendo qué cosas hay que intentar salvaguardar, independientemente de que se arregle o no el problema. En definitiva, generando principios y normas que confinen las posibles soluciones dentro de un rango aceptable.

Inmigrantes africanos abandonados en el Sáhara en octubre de 2005

Por tanto, frente a un modelo de política exterior basado en la lista de buenos deseos respecto al fin de asuntos tan complejos como el hambre en el mundo, la convivencia entre Occidente e islam o el conflicto del Sáhara, existe un modelo alternativo. Éste consiste en asegurarse de que los problemas no se reproduzcan, agraven o extiendan: gestionar eficazmente sus consecuencias más indeseadas, contribuir a fijar los principios e instituciones

que incidan en su desarrollo ulterior. Por ejemplo, pese a lo que se pretenda en ocasiones, el compromiso moral de España con el pueblo saharaui en razón de su pasado colonial no le obliga a preferir un Estado polisario independiente a una amplia autonomía dentro de Marruecos ni a hacer gestiones en uno u otro sentido, pero sí a comprometerse tanto con los derechos civiles y políticos de los saharauis como con su bienestar material, sin tener en cuenta si residen en Tinduf (Argelia), acceden a un Estado independiente o logran una autonomía dentro de Marruecos. Igualmente, aunque España no tiene capacidad económica para erradicar el hambre en el mundo ni para ayudar a todas las víctimas de desastres naturales, sí que puede cumplir su compromiso de elevar la ayuda oficial al desarrollo o proponer reforzar el sistema de Naciones Unidas mediante la creación de una organización internacional de protección civil, que prevenga y actúe en caso de catástrofes. En el mismo sentido, aunque España pueda hacer poco por llevar la democracia a Cuba, sí debería hacer más por convertirse en un referente moral y de solidaridad de primer orden para el pueblo cubano, y dejar atrás su imagen de empresario sólo preocupado en mantener sus negocios a salvo de la política y sus intereses a salvo de sus principios.

Aunque la promoción del diálogo entre civilizaciones sea un noble empeño, la mejora de las condiciones de vida y posibilidades de integración de los magrebíes que residen en las ciudades españolas o malviven en condiciones lamentables en las huertas murcianas también está al alcance de la mano de cualquier gobierno. Igualmente, aunque la situación de desesperación que lleva a los subsaharianos a abandonar sus países requiera actuaciones a muy largo plazo, el Ejecutivo podría no conformarse con extender una orden de expulsión a los que logran entrar y dejarlos en la calle sin más para ser explotados por las redes de pirateo. Probablemente, para que el multilateralismo sea eficaz, deberá ser primero minimalismo efectivo.

En política exterior, a veces resulta preferible el conflicto a sus posibles remedios. José Ignacio Torreblanca

La mayoría de los problemas lo son porque no tienen solución. Dicho de otra manera, si tuvieran remedio, no serían problemas. Precisamente por este motivo, el intento de resolverlos ocupa tanto tiempo de nuestras vidas.

En demasiadas ocasiones, sin embargo, las personas, llevadas por la vanidad, tienden a pensar que no se pueden arreglar porque nadie tan listo como uno mismo lo ha intentado con anterioridad. El verdadero obstáculo es que este defecto humano, tan recurrente, de pensar que los problemas son acertijos esperando a ser resueltos sí que origina numerosísimas dificultades.

Aunque en muchas ocasiones el enfoque erróneo sea parte de los problemas, éstos no suelen ser visiones borrosas que puedan arreglarse cambiándose de gafas o concentrándonos mucho en ellos. Más bien al contrario, por desgracia, la naturaleza de la mayoría está excesivamente clara: el terrorismo existe porque hay gente que considera legítimo utilizar la violencia con fines políticos; el tráfico de mujeres tiene lugar porque hay hombres que consideran aceptable pagar una cantidad por un servicio sexual; el contencioso de Gibraltar no se resolverá mientras Londres se niegue a imponer a los *llanitos* el acuerdo al que España y el Reino Unido puedan llegar, y el conflicto árabe-israelí seguirá tal cual mientras Israel esté convencido de que un Estado palestino independiente será más perjudicial para sus intereses que la situación actual.

Como indica la propia definición del término, los problemas son "proposiciones o dificultades de solución dudosa". Muchos de ellos no son de fácil arreglo. Otros ni siquiera tienen un desenlace complejo. Con demasiada frecuencia, las pretendidas soluciones no son tales porque, o bien preceden a los problemas o se basan en falsas analogías con otros distintos. Y, finalmente, es probable que en algunos casos prefiramos vivir con ellos que con algunos de sus remedios. Una sociedad democrática puede decidir soportar el terrorismo antes que pagar el precio de entregar sus ideales a una minoría violenta. Por la misma razón, también elegirá que los inmigrantes entren en el país saltando sus vallas fronterizas en vez de acabar con el asunto instalando sistemas de disparo automático en las fronteras.

Lo normal es que cuanto más importante sea el problema, más probable es que no tenga solución. ¿Qué hacemos entonces con ellos? ¿Cruzarnos de brazos y mirar hacia otro lado? Naturalmente, no. Pero, sin duda, comenzar la aproximación a un asunto estudiando por qué es un problema, por qué llegar a su fin es difícil

o imposible, y continuar con un análisis sobre qué medidas agravarían el asunto o lo harían preferible a un posible arreglo es un buen comienzo. Por tanto, más que resolverlos, lo que se debe hacer es encauzarlos para que no se desborden, acotarlos para que no se agraven, dinamizarlos para que no se anquilosen. ¿Cómo? Marcando y estrechando los límites de lo que es aceptable e inaceptable, institucionalizando el diálogo en torno a su solución, combatiendo las consecuencias más perniciosas de la existencia de dichos obstáculos en el día a día, decidiendo qué cosas hay que intentar salvaguardar, independientemente de que se arregle o no el problema. En definitiva, generando principios y normas que confinen las posibles soluciones dentro de un rango aceptable.

Inmigrantes africanos abandonados en el Sáhara en octubre de 2005

Por tanto, frente a un modelo de política exterior basado en la lista de buenos deseos respecto al fin de asuntos tan complejos como el hambre en el mundo, la convivencia entre Occidente e islam o el conflicto del Sáhara, existe un modelo alternativo. Éste consiste en asegurarse de que los problemas no se reproduzcan, agraven o extiendan: gestionar eficazmente sus consecuencias más indeseadas, contribuir a fijar los principios e instituciones que incidan en su desarrollo ulterior. Por ejemplo, pese a lo que se pretenda en ocasiones, el compromiso moral de España con el pueblo saharaui en razón de su pasado colonial no le obliga a preferir un Estado polisario independiente a una amplia autonomía dentro de Marruecos ni a hacer gestiones en uno u otro sentido, pero sí a comprometerse tanto con los derechos civiles y políticos de los saharauis como con su bienestar material, sin tener en cuenta si residen en Tinduf (Argelia), acceden a un Estado independiente o logran una autonomía dentro de Marruecos. Igualmente, aunque España no tiene capacidad económica para erradicar el

hambre en el mundo ni para ayudar a todas las víctimas de desastres naturales, sí que puede cumplir su compromiso de elevar la ayuda oficial al desarrollo o proponer reforzar el sistema de Naciones Unidas mediante la creación de una organización internacional de protección civil, que prevenga y actúe en caso de catástrofes. En el mismo sentido, aunque España pueda hacer poco por llevar la democracia a Cuba, sí debería hacer más por convertirse en un referente moral y de solidaridad de primer orden para el pueblo cubano, y dejar atrás su imagen de empresario sólo preocupado en mantener sus negocios a salvo de la política y sus intereses a salvo de sus principios.

Aunque la promoción del diálogo entre civilizaciones sea un noble empeño, la mejora de las condiciones de vida y posibilidades de integración de los magrebíes que residen en las ciudades españolas o malviven en condiciones lamentables en las huertas murcianas también está al alcance de la mano de cualquier gobierno. Igualmente, aunque la situación de desesperación que lleva a los subsaharianos a abandonar sus países requiera actuaciones a muy largo plazo, el Ejecutivo podría no conformarse con extender una orden de expulsión a los que logran entrar y dejarlos en la calle sin más para ser explotados por las redes de pirateo. Probablemente, para que el multilateralismo sea eficaz, deberá ser primero minimalismo efectivo.

José Ignacio Torreblanca es investigador principal del área de Europa en el Real Instituto Elcano, profesor de Ciencia Política en la UNED y miembro del Consejo Editorial de FP EDICIÓN ESPAÃ‘OLA.

Fecha de creación
5 septiembre, 2007